MANUEL CARBALLAL

LOS PELIGROS DEL OCULTISMO

CRIMEN, DELITO Y MISTERIO



Contiene documentos inéditos

Luciérnaga

MANUEL CARBALLAL

LOS PELIGROS DEL OCULTISMO

CRIMEN, DELITO Y MISTERIO



Primera edición: abril de 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.
Este libro se comercializa bajo el sello Libros Cúpula
www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-16694-57-0
Depósito legal: B. 1.773-2017

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

ÍNDICE

1

CUANDO EL CORAZÓN TURBA LA RAZÓN

Érase una vez un hombre normal que llevaba una vida sencilla en una pequeña ciudad. Jaime ejercía como funcionario en la universidad. Cada día, al volver a casa, conectaba la radio para seguir a José Ramón de la Morena, como el más fiel de sus devotos radiofónicos. Para él, el Real Madrid no era solo un equipo de fútbol; era una sesión de adrenalina imprescindible para sobrellevar la monotonía de la jornada. Era un tótem al que adorar, y un mándala en el que concentrar su fervor y lealtad.

El domingo, el campo de fútbol era la psicoterapia necesaria para descargar la tensión de la semana, aunque la inocente madre del árbitro se llevara la peor parte de sus catarsis. Algunas veces, había llegado a derramar lágrimas de frustración cuando el Barça, o ahora el maldito Superdépor, le habían «robado» un partido. Injustamente, claro.

Mientras escuchaba a De la Morena en *El transistor,* solía repasar angustiosamente las cuentas de la casa. Habían vuelto a pasarse en los gastos, y la letra del coche amenazaba sin piedad. Además, estaba la longeva hipoteca que nunca terminaba de pagarse. Y por si fuera poco, este año Hacienda no devolvería ni un euro.

Así, con las preocupaciones y distracciones normales, Jaime iba llevando con resignación los días, semanas y meses de su normal vida. Pero una noche, que también parecía normal, todo cambió.

Aquel viernes de diciembre, Jaime conducía hacia casa cercado por sus pensamientos. Al día siguiente, él, su mujer y los niños comerían en casa de los abuelos. Después, la habitual partida de dominó con su suegro acompañaría al exquisito café de pota, soportando las viejas historias del anciano que, por enésima vez, le contaría sus aventuras en la División Azul. Pero el domingo —¡oh, día magnífico!—, los muchachos del Real Madrid se medirían con el Rayo Vallecano y lógicamente él estaría allí para apoyarlos hasta la muerte. No podía olvidarse bajo ningún concepto de pasar a recoger los banderines y el gorro del equipo por el local de la peña. Sería catastrófico que el domingo no pudiese calzarse el «uniforme» oficial del buen aficionado antes de ir al estadio.

Jaime iba absorto en estos pensamientos cuando, de pronto, el coche comenzó a fallar. Se detuvo a un lado de la calzada e intentó cuatro o cinco veces, infructuosamente, arrancar de nuevo el GTI. No había forma. «¡Coño! —pensó—. Y para esto me mato yo a pagar letras…»

Salió del coche para abrir el capó, de otra forma no lo habría visto, y de pronto se percató de aquella luz en el cielo.

A doscientos o trescientos metros, al otro lado de los árboles, algo ascendía hacia los cielos, desprendiendo un potente haz luminoso.

Aquella explosión de luz fluctuante comenzó a elevarse lentamente por encima de las copas de los árboles. Pero el resplandor era tan brillante que le impedía distinguir con claridad formas o contornos. Durante unos segundos, el objeto se estabilizó sobre los árboles. En torno a aquel foco central pareció distinguir cuatro luces que lo rodeaban. Dos verdes y dos naranjas, que daban al objeto la apariencia de un rombo.

El objeto pareció balancearse un instante y, después, salió disparado hacia las estrellas hasta perderse de vista como un fantasma.[5] La vida de Jaime cambió desde ese instante.

5. Más concretamente, como un Phantom 4. Uno de los drones que más avistamientos de ovnis está generando en los últimos años. Con una autonomía de vuelo de casi media hora puede alejarse hasta 3,5 kilómetros del operador que lo está controlando, y es uno de los modelos más vendidos en los últimos años.

Durante los días sucesivos, Jaime no podía pensar en nada más. Aquella nave, porque no podía ser otra cosa, tenía que estar tripulada. ¿Y cómo serían esos tripulantes? ¿Cómo sería su mundo? ¿Y por qué le escogieron a él? Lógicamente, tenían que estar muy evolucionados, mucho más que nosotros…

Jaime comenzó a interesarse por temas que jamás le habían preocupado. Empezó a leer libros y revistas que hablaban de ovnis, esoterismo y demás misterios. Temas que jamás le habían preocupado y en los que ahora buscaba respuestas a sus angustiadas preguntas. Y, por primera vez en muchos años, Jaime no fue al fútbol ese domingo…

Casos como este son mucho más habituales de lo que podemos imaginar. En todo el planeta existen millones de Jaimes que han visto cómo su esquema de valores se transformaba al protagonizar una experiencia que ellos, sinceramente, creen de origen paranormal. Su encuentro con el misterio en forma de ovni, fantasma o ECM [6] trastoca su existencia de tal modo que su vida ya no vuelve a ser la misma. Las cosas que antes eran indiferentes se convierten en los temas más trascendentes. Es el «despertar de la conciencia», dicen algunos.

Partiendo de este hecho, muchos autores han pretendido relacionar los ovnis o las experiencias psíquicas con una causa trascendente. Sería agotador enumerar la vasta cantidad de cultos modernos a lo paranormal en cualquiera de sus manifestaciones. Son miles los grupos que ven en los fenómenos anómalos manifestaciones del más allá; en los ovnis, redentores extraterrestres y en lo paranormal, intervenciones de Dios, los dioses, los ángeles o los demonios.

Contactos platillistas, grupos espiritistas o logias esotéricas son el resultado, bueno o malo, de la divinización del fenómeno paranormal. Sin embargo, sería más prudente contemplar la posibilidad de que las cosas sean al revés. Tal vez el fenómeno no

6. Siglas de «experiencia cercana a la muerte», caracterizadas por una serie de visiones y sensaciones vividas por muchas personas que han pasado por una situación de parada cardiorrespiratoria, o no, y que les lleva a la convicción de que tras la muerte física existe otra forma de vida.

sea una causa trascendente que se manifiesta al testigo, sino que el testigo es quien trascendentaliza la causa del fenómeno.[7]

No seré yo quien niegue que exista vida después de la muerte, espíritus desencarnados, seres extraterrestres o ángeles y demonios que interfieren en nuestras vidas, aunque pese a mis esfuerzos no he encontrado ninguna evidencia de ello. Sin embargo, mi experiencia en la investigación de los fenómenos paranormales me ha llevado a la conclusión de que es el protagonista de cada caso quien convierte esa vivencia inusual en algo trascendente.

Los otros «despertares de conciencia»

Caso 1. La casa del acantilado

Una tarde del verano de 1984 me telefoneó una joven perteneciente a una acomodada familia gallega. Había conseguido mi teléfono a través de un amigo común, quien por cierto había sufrido una ECM que había cambiado su vida. Esta joven, a la que llamaré Luisa, estaba viviendo unos fenómenos que atemorizaban a toda la familia.

Luisa, joven vital y dinámica, de veintitrés años, había comprado un terreno en la costa gallega, cerca de Sada (A Coruña). Su intención era construir un gran chalet justo en un acantilado de hermosas vistas, a la misma orilla del Atlántico.

—Mientras empezábamos las obras —me explicaba Luisa—, y como el terreno es precioso, nos hicimos una cabañita de madera para pasar el verano. Pero desde la primera noche que pasamos allí, oímos ruidos raros. Son como pasos y golpes, y a veces, hasta parece que podemos sentir una especie de respiración... Los vecinos del pueblo nos han contado que donde está la casa, dos chicos que pescaban en una barca se ahogaron en el acantilado. ¿Tú crees que puede tener alguna relación?

7. Manuel Carballal, «La intrínseca trascendencia de la experiencia ovni», en *Karma-7*, n.º 217, diciembre de 1990.

El caso parecía un típico *poltergeist*.[8] Mis compañeros del Grupo Fénix y yo iniciamos la investigación inmediatamente. En efecto, las psicofonías que hicimos en la casa parecían registrar ruidos extraños, e incluso los termómetros delataban un descenso de temperatura en la cabaña cuando solían producirse los supuestos fenómenos, es decir, al anochecer…

Todo parecía apuntar hacia la típica «casa encantada». Sin embargo, lo que podía haberse convertido en un nuevo Hydesville[9] nada tenía de fenómeno paranormal, ni menos aún de manifestación espírita.

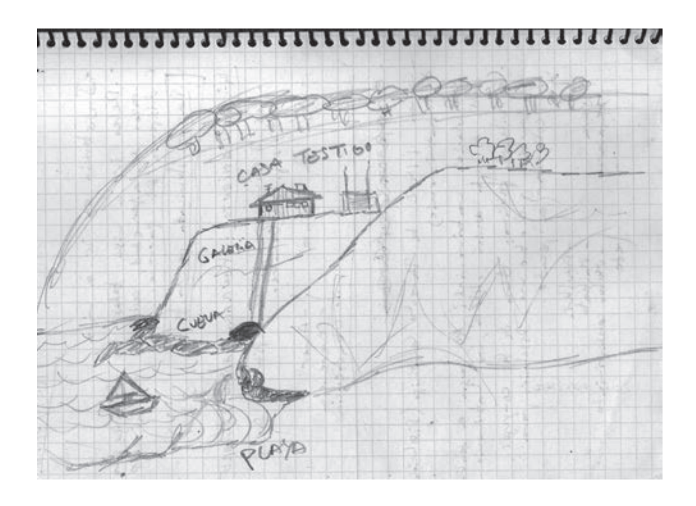
Por casualidad, descubrimos una galería subterránea que, desde el mar, pasaba justo por debajo de la cabaña. También «casualmente», los golpes y ruidos extraños se producían a horas coincidentes con la subida de la marea. La consulta a un arquitecto y a un geólogo aclaró el misterio.

La subida de la marea inundaba de agua la galería, produciendo todo tipo de sonidos que se desplazaban por la roca hasta los mismos pilares de la cabaña. Por otro lado, los bruscos cambios de temperatura diurna/nocturna del peculiar clima gallego dilataban y contraían las maderas de la cabaña produciendo los lúgubres crujidos que nuestras grabadoras habían registrado. Rachas de viento que se colaban entre las despistadas rendijas de la cabaña terminaban de crear el tenebroso ambiente de misterio, como si del mismísimo ululante y gélido aliento del diablo se tratase.

Para cuando terminamos la investigación del caso, Luisa ya se había sumergido por su cuenta en lecturas espiritistas. Alentada por las manifestaciones fantasmales que creía estar viviendo en su casa, ya había devorado con pasión las principales obras de Allan Kardec, Léon Denis, Gustave Geley y demás clásicos del espiritismo. Desde entonces, su vida cambió.

8. Voz de origen alemán que significa «duende ruidoso» y que se utiliza como sinónimo de «casa encantada» o «casa embrujada».

9. Hydesville es una pequeña población del condado norteamericano de Humboldt, California, donde en 1848 nació el espiritismo.



Croquis de la casa de Luisa, en Sada, señalizando la galería y la cueva que producían los ruidos «paranormales» cuando subía la marea.



María C., testigo del fenómeno, decidió no aceptar los resultados de nuestra investigación y escogió creer en su origen sobrenatural. (Fotos: © M. Carballal).

Ahora ya no temía a la muerte, porque «sabía» que se trataba solo de un tránsito hacia otra vida. A partir de este momento su esquema de valores se alteró. De nada sirvieron nuestros argumentos. Luisa es, desde entonces, una fiel y fervorosa espiritista.

Estas experiencias no se limitan al contexto rural. En pleno centro urbano pueden desarrollarse fenómenos, aparentemente paranormales, que lleguen a transformar la vida de sus protagonistas. Es el segundo botón de muestra.

Caso 2. Los ovnis de las carabelas de Colón

Ocurrió aproximadamente a las once y media de la noche del martes 23 de julio de 1990. A esa hora regresé a casa y escuché los mensajes en el contestador. Tengo la costumbre, cada vez que entrevisto a un testigo, de dejarle mi número de teléfono con el fin de que me llame inmediatamente en caso de volver a protagonizar un fenómeno extraño. Siempre mantuve la esperanza de poder «cazar» uno de esos ovnis en tiempo real.

Esa noche, los mensajes del contestador eran de tres personas diferentes y sin relación entre ellas. Uno tras otro describían una circunstancia idéntica, algo estaba ocurriendo en los cielos gallegos.

Las voces excitadas de varias personas, como Isabel B., coincidían en lo mismo: «Las estoy viendo ahora, Manuel. Son ocho luces girando en el cielo y en el centro hay una nave oscura que está lanzando un chorro de luz hacia el suelo…».

Apenas me tomé un minuto para hacer un par de llamadas, coger la bolsa de las cámaras y salir disparado. Los mensajes del contestador me decían que un espectacular ovni estaba exhibiéndose a la altura del puerto de A Coruña en ese mismo instante.

En el centro de control del aeropuerto de Alvedro me habían confirmado que ellos también habían recibido varias denuncias de ovnis esa noche, aunque no tenían registrado ningún tráfico aéreo sobre A Coruña.

En el Observatorio Meteorológico Provincial me notificaban que todavía no habían lanzado el globo sonda de esa noche, y en la redacción de *La Voz de Galicia* aseguraban que también habían recibido llamadas de otros observadores del fenómeno, y que habían enviado a un equipo de fotógrafos a la zona. Yo salí hacia allí también a toda velocidad… Y lo vi.

Los responsables del macroavistamiento ovni del 23 de julio resultaron ser los potentes focos Sky Tracker que acompañaban la exposición sobre el V Centenario emplazada en el puerto coruñés.

Los focos lanzaban ocho poderosos haces de luz hacia el cielo, cubierto por una capa baja de nubes que reflejaba y ampliaba el impresionante espectáculo, visible desde muchos kilómetros dentro y fuera de la ciudad.







Dibujo de los «ovnis» del 23 de julio de 1990. Imagen de uno de los haces de luz proyectado por un Sky Tracker reflejado en las nubes. Y cañones de luz Sky Tracker colocados en la exposición de las carabelas de Colón, en el puerto de A Coruña, ese mismo día. (Fotos © M. Carballal)

Los focos del Tracker giraban sobre sí mismos, reuniéndose una vez en cada vuelta, justamente en el centro. Este era el haz de luz que había sido interpretado por una de las testigos como «un chorro de luz que la nave enviaba al suelo».

A pesar de la indiscutible evidencia, María C., una de las testigos, se negaba a aceptar la explicación de este espectacular, pero identificado, fenómeno.

Para ella, esas luces eran las de una gran nave alienígena. Y a partir de aquella noche, María se introdujo en el mundo de los contactados, e incluso cree haber recibido intuiciones y «mensajes telepáticos» de los tripulantes de la nave. Su vida también cambió desde aquella noche.[10]

Recuerdo, como mera anécdota, que otro de los testigos del «ovni», hombre de profundas creencias religiosas, llegó a sentenciar: «Son las señales en el cielo que predicen el Apocalipsis». Supongo que a veces resulta difícil asumir que todos nos equivocamos.

10. Manuel Carballal, «Noche de histeria ufológica: no es ovni todo lo que vuela», en *Karma*-7, n.º 228, noviembre de 1991.

La moraleja que extraemos de ambos casos es que una experiencia inusual puede resultar ciertamente trascendente para cualquier persona. Pero la subjetiva repercusión emocional que esa vivencia tiene en la psique no garantiza que el origen de esta sea trascendente; ni siquiera paranormal.

Y es que, con frecuencia, la intrínseca carga emocional que acompaña a toda experiencia paranormal puede enturbiar el sentido común del testigo. Los sentimientos, como siempre, pueden turbar la razón. Y eso, en el mundo esotérico, puede encerrar terribles riesgos.

El camino del corazón y el camino de la razón

En 1968 un supuesto joven antropólogo conmocionó la literatura, y también sentó las bases de lo que después llamamos «movimiento de la nueva era», al publicar su primer libro, *Las enseñanzas de Don Juan.*[11]

Yo, como casi todos, leí los primeros libros de Castaneda siendo un adolescente. Seguí su trayectoria durante años, pero no pude conocerlo personalmente hasta 1994. Dediqué un libro entero a resumir mi investigación sobre su verdadera identidad y su oscura vida veintitrés años más tarde: *La vida secreta de Carlos Castaneda,*[12] pero Castaneda continúa siendo una leyenda para quienes no han investigado su vida real.

En *Las enseñanzas de Don Juan,* el supuesto indio yaqui Don Juan Matus nos habla del «camino con corazón». Y a partir de ese momento miles de escritores, filósofos, gurús, iluminados, estudiosos, eruditos y ocultistas en todo el planeta diferenciaron entre el camino del corazón y el camino de la razón.

Indudablemente, el camino del corazón es el más satisfactorio. Es el camino de la experiencia personal, de la emoción, del

11. Carlos Castaneda, *The Teaching of Don Juan*, University of California Press, Berkeley, 1968 (trad. esp.: *Las enseñanzas de Don Juan: una forma yaqui de conocimiento*, FCE, Madrid, 2010).

12. Manuel Carballal, «La vida secreta de Carlos Castaneda», *El Ojo Crítico*, 2017. <http://lavidasecretadecarloscastaneda.blogspot.com.es>.

sentimiento. Y cuando nuestras vivencias personales nos llevan a una seguridad, ese conocimiento es irrefutable.

Un joven que durante toda su vida ha convivido con padres adoptivos puede sentir un desconcierto mayúsculo al conocer a sus padres biológicos. Pero el descubrimiento racional e intelectual de que sus padres biológicos son otros no cambiará ni un ápice sus sentimientos de amor hacia las personas con las que ha vivido desde siempre, creyéndolos sus verdaderos progenitores. Ese joven siente como reales y auténticos a los padres que ha amado desde niño, aunque no lo sean, y la discusión racional sobre quiénes son sus padres verdaderos simplemente no ha lugar.

De la misma forma, las experiencias emocionales que una persona puede creer vivir en el mundo invisible estructuran sus creencias y seguridades sobre lo que es o no real. Para un místico, resulta absurda la discusión sobre si Dios existe o no; él «ha visto» a Dios y ha conocido su infinita misericordia. Sin embargo, esa experiencia, como toda experiencia personal, es intransferible y con frecuencia inenarrable.

Y es ahí donde entra el camino de la razón. El método científico. En esta senda hacia el conocimiento se exigen pruebas, falsabilidad, réplica y lógica a los hechos. El sentido común y la reflexión crítica buscan evidencias que puedan ser compartidas con otras personas. Si el camino del corazón es personal, individual e intransferible, el camino de la razón es plural, evidente, y puede ser compartido por otros individuos.

Probablemente, resulta más prudente buscar un equilibrio, un sendero intermedio entre ambos caminos. La ciencia y la fe no son necesariamente antónimos irreconciliables. Y a la hora de profundizar en el complejo y escurridizo mundo del misterio es imprescindible una mínima dosis de prudencia y sentido crítico para evitar que nuestros sentimientos y percepciones subjetivas puedan turbar la razón. De lo contrario, las consecuencias de esa ceguera de la razón pueden llegar a ser catastróficas.

Por desgracia, la brutal comercialización del esoterismo, la prostitución absoluta de los antiguos saberes y tradiciones ocultas, y el sincretismo esotérico-religioso que se ha dado en Occidente han levantado un muro infranqueable entre ciencia y fe.

Los creyentes y practicantes de cualquier disciplina esotérica, embriagados por su propia emotividad, ven en los científicos a unos demonios ateos, faltos de espiritualidad e intolerantes, los cuales, al no entender de cuestiones trascendentes, las atacan.

Por otro lado, los autodenominados *escépticos* —generalmente desinformados—, embriagados por su orgullo, acostumbran a juzgar desde la distancia el conjunto del fenómeno paranormal, basándose en los casos más infames y comerciales. Normalmente, no llegan a profundizar lo suficiente para encontrar los aspectos verdaderamente interesantes. Si lo hiciesen, sus prejuicios contra el misterio desaparecerían para convertirse en curiosidad: un fenómeno que tantas veces ha ocurrido a lo largo de toda la historia de la ciencia.

Una ciencia que ha avanzado porque han existido investigadores que se han adentrado en los misterios de la naturaleza más allá del límite de lo conocido. De no ser así, lógicamente, la ciencia y el conocimiento no habrían evolucionado.[13]

Como siempre, el equilibrio está en un punto intermedio entre la razón y el corazón. Porque la razón y el sentimiento no son antónimos irreconciliables, sino la cara y la cruz de una misma experiencia. Y los ejemplos abundan.

Podemos imaginar, en pleno Neolítico, a una mujer que de pronto da a luz a un niño. Un buen día, esa mujer, en la cueva de la tribu, comienza a engordar. Nueve meses más tarde, saca de sus entrañas un trozo de sí ¡con vida propia! El resto de la tribu no podía relacionar de ninguna manera el coito entre esa mujer y un varón, con el parto que se produce meses después. Por tal razón, parecía natural considerar a las hembras como diosas creadoras de vida, y era lógico construir matriarcados, cultos lunares, etc.

Hoy en día, nuestra medicina conoce perfectamente lo que es un espermatozoide, el proceso de ovulación, la gestación, etc. Sin embargo, el conocimiento científico de ese fenómeno no resta ni un ápice al maravilloso milagro de la vida humana.

13. Manuel Carballal, *La ciencia frente al misterio,* Contrastes, Madrid, 1995; y *Grandes enigmas frente a la ciencia,* Akásico Libros, Madrid, 2013.

De igual forma se cita en el Antiguo Testamento, por ejemplo, una «señal de Yahvé». En el Génesis[14] se describe un supuesto fenómeno sobrenatural realizado por el mismo Dios como señal de su alianza con el hombre: «Pongo mi arco en las nubes para señal de mi pacto con la tierra, y cuando cubriere yo de nubes la tierra, aparecerá el arco, y me acordaré de mi pacto con vosotros y con todo ser viviente...».

En la actualidad conocemos perfectamente el proceso físico de formación del arcoíris. Sabemos cómo se produce la refracción de cada rayo de luz en las gotas de agua que, a manera de pequeños prismas, dividen la luz blanca en el espectro de los siete colores.

Es lógico que nuestros antepasados viesen en ese hermoso espectáculo una señal del cielo, pero nuestro conocimiento físico de la naturaleza del fenómeno en modo alguno invalida su belleza. En el fondo continúa siendo una señal de Dios hecha a través de su único ministro válido: la naturaleza.

Y un tercer ejemplo aún más esclarecedor: el amor. El amor supone, sin lugar a dudas, la energía más poderosa del universo. Pero ¿qué es el amor? ¿Quién podría definirlo? Allí donde fracasaron la poesía y también la filosofía, ha triunfado la ciencia.[15]

Las investigaciones de los científicos sobre la neuroquímica de nuestras emociones han descubierto las claves básicas sobre los sentimientos humanos. Ya nadie cree que los sentimientos se produzcan en el corazón. Este ya tiene bastante trabajo con crear las mareas sanguíneas de nuestro organismo y nada tiene que ver con las emociones.

Los sentimientos, como toda actividad sensorial (y extrasensorial), se producen en ese órgano mágico y misterioso que es el cerebro humano. El conocimiento neuroquímico de las drogas endógenas y de la «química del amor» nos ayuda a conocer más el origen y manifestación de nuestros sentimientos, pero eso no nos hace amar menos. Incluso los críticos y racionales neuroquí-

14. Capítulo 9, versículo 13 y ss.

15. Manuel Carballal, «El poder psíquico del amor», en <http://elojocritico.info/el-poder-psiquico-del-amor/>.

micos como el doctor Liebowitz[16] se enamoran. Y estoy seguro de que no quieren menos a sus esposas o hijos por el hecho de conocer la manifestación —o el origen— neuroquímico de sus emociones.

Así, el auténtico camino hacia el conocimiento ha de estar libre de prejuicios personales. Los fenómenos paranormales también obedecen a causas concretas, sean cuales fueren. Pero el conocimiento de dichas causas no afectará en absoluto la existencia de tales fenómenos.

Otra cosa es que la necesidad emocional que del misterio tiene la psique humana prefiera continuar manteniendo el mito, antes que conocer y comprender su naturaleza. En esa necesidad emocional, intrínseca a toda sociedad a lo largo de la historia, radican agazapados muchos de los riesgos que presentan las experiencias esotéricas.

Decía sabiamente el periodista y escritor Manuel Vicent que «el que busca la verdad corre el riesgo de encontrarla». Nosotros añadimos que, muy probablemente, no le agrade lo que va a encontrar.

Por desgracia, ese tópico del «buscador de la verdad» es una fórmula estética que abunda en el mundo del esoterismo. Sin embargo, lo cierto es que en la mayoría de los casos, estos supuestos «buscadores» parten de prejuicios y creencias personales. Con esta base, lo que buscarán serán argumentos que avalen dichas creencias, sean estas científicas, religiosas o esotéricas. El auténtico buscador habrá de desnudarse de todo prejuicio y mantenerse abierto a todas las posibilidades. Sobre todo, habrá de permanecer alerta ante los muchos riesgos que encierra la práctica de esa búsqueda, especialmente si el terreno en el que ha de desenvolverse es el paranormal.

16. El psiquiatra Michael Liebowitz es el autor de *The Chemistry of Love,* publicado en 1983 por la Universidad de Columbia, que abrió el camino al estudio químico de los sentimientos.